

LIBANO 1975 1982

La guerra del Líbano, en sus diversas facetas, ha durado siete años y quizá no haya concluido todavía. Pero resulta evidente que, con la salida de los efectivos militares palestinos y el desmantelamiento de la estructura militar que la OLP mantenía en el país, se cierra toda una larga y dramática etapa. El momento, por tanto, es apropiado para hacer un balance de lo que ha sido, hasta ahora, el conflicto libanés. ARTURO PEREZ-REVERTE, que como enviado especial de PUEBLO ha cubierto desde hace siete años los diversos momentos de la tragedia del Líbano, visitando el país en docenas de ocasiones y siendo testigo de primera línea de los más importantes acontecimientos militares y políticos, ha elaborado este «dossier», con el que nos adjunta una selección de fotografías de su álbum de guerra.



• Con el desmantelamiento de la estructura militar de la OLP en el país se cierra toda una dramática etapa del conflicto libanés

7 años de guerra



Texto y fotos:

Arturo PEREZ-REVERTE

Enviado especial



→
**NINOS.
 BOM-
 BARDEOS
 BEIRUT
 1981**
 ↘



**FEDAYIN.
 COMBATES TIRO
 (SUR LIBANO)
 ← 1978**



**MILICIAS →
 CRISTIANAS EN
 LA MONTAÑA
 1980**

LIBANO es un pequeño país de 10.000 kilómetros cuadrados, se encuentra encajonado entre el Mediterráneo y las montañas, limitado al Norte y al Este por Siria y al Sur por Israel. Antigua colonia francesa, proclamó en 1941 una independencia reconocida por París tres años más tarde, teniendo lugar la retirada definitiva de las tropas coloniales en 1946.

Ya desde su origen como nación, la composición religiosa de Líbano fue causa de tensiones internas. Era difícil conciliar los intereses de la ligera mayoría musulmana (chitas, sunnitas y drusos) y el 40 por 100 de cristianos (católicos, ortodoxos y protestantes). Como fórmula de compromiso se recurrió al Pacto de 1943, una especie de acuerdo entre las diversas comunidades religiosas y sus líderes políticos, que distribuía entre unos y otros los puestos gubernamentales. El punto de partida contenía ya ciertas fricciones confesionales, ya que el pacto daba a los cristianos algunas ventajas sobre la población musulmana, incluyendo el Parlamento, el Ejército y la Dirección General de Seguridad.

Dedicado a la Banca y al comercio, situado a la cabeza del mundo árabe, en cuanto a cultura (80 por 100 de alfabetización) Líbano formó parte de la Liga Árabe y, aunque su política exterior fue moderada, participó en la línea anti-israelí del resto de la comunidad árabe. Pero su pacífica evolución no se vio inicialmente alterada por factores externos, sino que hacia los años sesenta las diversas contradicciones políticas, religiosas, sociales y económicas de este Estado artificial comenzaron a emerger, creando hacia finales de la década graves antagonismos que sembraron el germen de la guerra civil. El encarecimiento de la vida amenazaba de «proletarización» a la clase media, hasta entonces garante de la estabilidad social y, por otra parte, el exodo sobre Beirut de la población civil, que huida de las incursiones judías en el sur del país, acentuó la presión de las clases desheredadas sobre los «focos de prosperidad» libaneses. Además, los musulmanes exigían la revisión del Pacto de 1943 y el cese de la supremacía política de los cristianos.

● **EL DETONANTE PALESTINO**

El explosivo estaba listo y el detonante fueron los palestinos. Tras la guerra de 1967, un nuevo e importante contingente de refugiados huyó de las tierras ocupadas, buscando protección en los países árabes vecinos. Trescientos mil palestinos se instalaron en Líbano, creando inmediatamente una estructura militar propia, con el fin de defender sus campamentos frente a las incursiones judías y relanzar la lucha de guerrillas por la recuperación de Palestina, utilizando el sur de Líbano como base para su entroncamiento e infiltraciones.

La potencia militar palestina creció de forma espectacular. Tanto que en 1969



↑ **CONTRAATAQUE DURANTE
 "BATALLA DE LOS HOTELES"
 BEIRUT, 1976** ↓



llegaron los palestinos a imponer al Gobierno libanés el Acuerdo de El Cairo, que suponía, de hecho, la creación de un «ministado» dentro de Líbano. Ello, imprescindible para la supervivencia de los palestinos como fuerza militar y política, despertó, sin embargo, lógicos recelos en los sectores cristianos y conservadores del país, ya amenazados por la creciente ola de nacionalismo interno musulmán. Por tanto, para hacer frente a la que consideraban triple amenaza progresista, musulmana y palestina, los cristianos comenzaron a organizarse en milicias clandestinas, de las que las dos más importantes fueron el partido falangista Kataeb, de Pierre Gemayel, y el Partido Nacional Liberal, de Camille Chamoun.

Mi primera visita a Líbano había tenido lugar en 1974, cuando el país todavía era próspero y cuya paz, aparte de esporádicos incidentes, sólo era rota por los bombardeos judíos en el sur. Un año después, mi siguiente viaje tuvo lugar en un Líbano desgarrado por la guerra. Musulmanes, progresistas y palestinos, por una parte; conservadores y cristianos, por la otra, habían derivado hacia situaciones más radicales. El Ejército había tomado partido contra los palestinos, dividiéndose, y las provocaciones israelíes contribuían a acentuar el clima de anarquía del país. En 1975, las milicias cristiano-conservadoras y las palestino-progresistas se vieron enfrentadas en incidentes que dieron lugar a sangrientas matanzas y al estallido de la guerra civil. No se trató, como se ha afirmado a veces, de una guerra de religión, sino de un conflicto claramente político, una pugna entre conservadores y progresistas: junto a los cristianos he visto pelear a musulmanes, y en las fuerzas progresistas encontré combatientes de origen cristiano. La guerra fue larga y atroz. La ferocidad de los combatientes de ambos bandos llegó a extremos inauditos: no se hacían prisioneros y los combates eran sin cuartel. En 1976 asistí, siempre como enviado especial de PUEBLO a la famosa «batalla de los hoteles» en Beirut, junto a los palestinos, cuando ambos contendientes trataban de hacerse con el control de los estratégicos edificios que dominan el puerto y buena parte de la ciudad. La lucha era piso por piso, a base de lanzagranadas y asaltos callejeros que arrojaron un número aterrador de víctimas, con combates que habitualmente se resolvían al arma blanca. El mismo año, esta vez con los cristianos, presencié el asedio y caída del campo de refugiados de Taj Zaatar, asistiendo al exterminio siste-



↑ TIRO EN LA NUCA A PRISIONERO PALESTINO. TAL-ZAATAR, 1976

CRUZANDO CALLES BATO FUEGO FRANCO-TIRADO DEL BEIRUT 1977



zático de soldados; mujeres y niños palestinos a manos de las milicias cristianas. En aquellas fechas, pueblos enteros eran borrados literalmente del mapa. Una de las crónicas de la época comenzaba: «Es la guerra más cruel; peor que Vietnam. Es el infierno de la Tierra...»

EL PAPEL DE SIRIA

Aparte de Israel, el país vecino que más peso ha tenido en la crisis libanesa ha sido Siria, que siempre ha considerado al pequeño y artificial Líbano como parte irredenta de su territorio. Con su intervención militar en la guerra civil, Damasco perseguía varios objetivos: impedir la instalación en el país tanto de un régimen «demasiado» izquierdista como de un «militado» cristiano; recortar las alas de los palestinos y ejercer sobre ellos un control apropiado; frenar la expansión israelí en el sur del país y mantener su liderazgo en el Cercano Oriente tras la desertión de Egipto con los acuerdos de Camp David.

En un principio, el Gobierno de Damasco apoyó a las fuerzas palestinas no progresistas, en aquel entonces a punto de ganar la guerra. Pero, dispuestos a que ninguno de los dos bandos alcanzase el predominio, los sirios resolvieron mantener equilibrada la balanza mientras sus propios intereses así lo aconsejaban. Por eso, aprovechando la decisión de la Liga Árabe de enviar a Líbano un contingente de tropas árabes como «fuerza de paz», 40.000 soldados de Damasco entraron en el país, ocuparon el valle de la Bekaa y combatieron, esta vez junto a los cristianos, contra la coalición palestino-progresista. Después, en 1977, hubo idéntica maniobra, esta vez contra los cristianos, a los que combatieron en Beirut y en las montañas. A aquellas alturas, las milicias cristianas ya se habían acogido a la protección israelí, que en 1978 invadió el sur

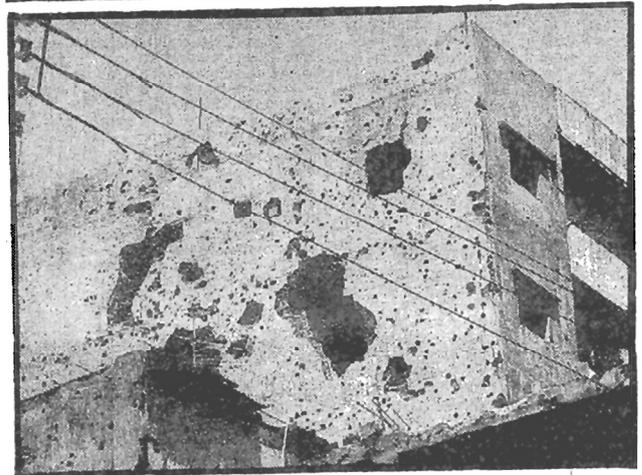
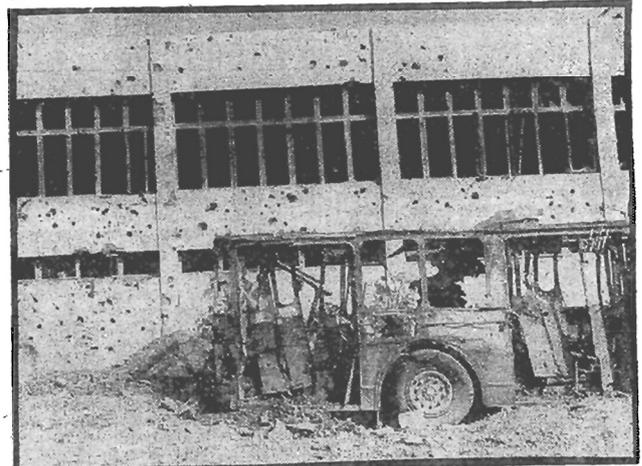
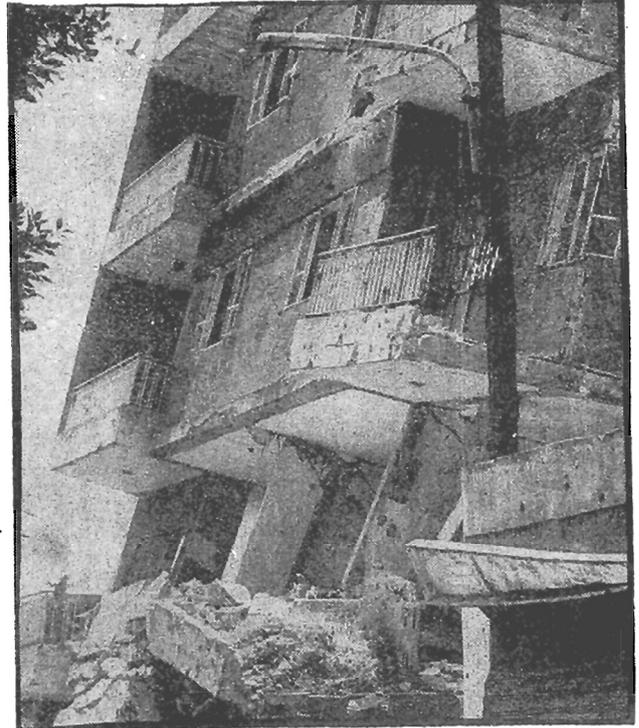
del país y creó el enclave cristiano «independiente» (directamente alimentado por Tel-Aviv) del comandante Saad Haddad.

La separación de Beirut en dos sectores era ya un hecho: el oeste para los palestino-izquierdistas; el este, para los cristiano-conservadores. El Ejército regular libanés no llegó a consolidarse, entorpecida su reorganización y misiones por los ocupantes sirios, que deseaban seguir manteniendo en la mano todas las riendas de la situación. Ello dio lugar a choques armados entre el Ejército libanés y las tropas sirias, aprovechados siempre por Damasco para reafirmar sus posiciones. En febrero de 1978 vi a los sirios bombardear despiadadamente durante cuatro días los cuarteles del Ejército. A lo largo de todo ese año Siria estrechó cada vez más con su potencia militar los reducidos límites del pequeño territorio conservado por los cristianos.

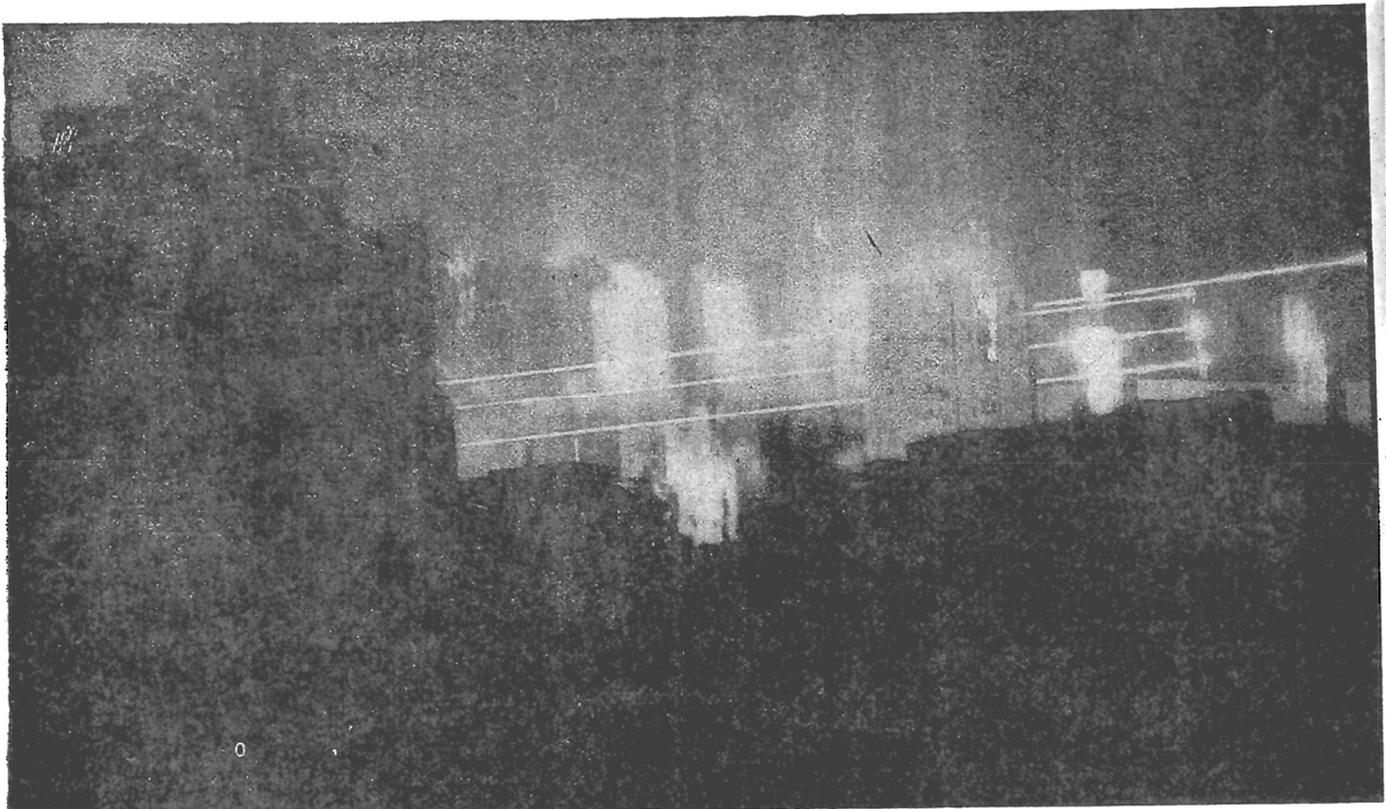
La negativa de las milicias conservadoras a aceptar el control de Damasco y a entregar las armas a los sirios dio lugar a terribles bombardeos de los sectores cristianos, incluyendo la capital. En junio comenzó la «batalla de los cien días», que pasó en un sótano del sector cristiano, viendo cómo el sector oriental de Beirut quedaba literalmente reducido a escombros: la cadencia del bombardeo llegó a ser de cien proyectiles por minuto.

«CASCO AZULES» Y JUDIOS

Las Naciones Unidas enviaron al sur del Líbano, para separar a israelíes y palestinos, un contingente de «casco azules»; pero la misión de éstos resultó más decorativa que eficaz, llegando incluso a protagonizar combates con las fuerzas palestinas. A principios de 1978, mientras la presencia judía se consolidaba en el Sur, los sirios intensificaban sus ataques contra las milicias cristianas en la capital y



ESCENAS DE BEIRUT. ES DIFÍCIL ENCONTRAR UN EDIFICIO QUE NO HAYA SIDO TOCADO



en la montaña, estrangulamiento que se prolongó a lo largo de 1980. El objetivo era lograr que las milicias cristianas, cada vez más próximas a Israel, arrojasen la toalla; pero el resultado fue contrario al esperado. Las brutalidades sirias habían acentuado más las simpatías del Ejército libanés hacia el bando cristiano, y, por otra, dieron lugar, no sin graves tensiones, a que las distintas milicias cristianas se fusionasen en las llamadas «Fuerzas Libanesas», puestas bajo el mando de Bechir Gemayer, hijo del fundador de los «Kataeb».

Así las cosas, Siria reforzó su presencia militar en el Líbano instalando en el valle de la Bekaa baterías de cohetes SAM-6, como cobertura frente a ataques aéreos israelíes sobre el territorio ocupado. El mapa libanés era un confuso amasijo de líneas de demarcación, que se entrecruzaban en un laberinto inextricable. Al Norte había un enclave palestino; mas abajo, en la zona de Beirut oriental y Junieh, se encontraba el sector cristiano, que trepaba por la falda de las montañas. Los sirios se encontraban en la Bekaa y en Beirut, ciudad en la que palestino-progresistas seguían manteniéndose en su zona occidental, descendiendo el territorio de los «fedayin» hacia el Sur, incluyendo Tiro, Sidón, Nabatieh y el castillo de Beaufort, en las laderas del monte Hermón. Los «cascos azules» de la ONU ocupaban otro sector fronterizo, y también las milicias cristianas de Saad Haddad tenían el suyo en el Sur, en contacto directo con Israel. El núcleo de fuerzas palestino-progresistas alcanzaba unos treinta mil hombres, de los que un tercio eran palestinos y el resto, musulmanes del movimiento chiíta Amaí y los radicales del Morabitum, entre los grupos más importantes. Los «cascos azules» eran 800; los sirios, 40.000, y las milicias cristianas oscilaban entre los 10.000 y los 20.000 hombres. Este era el panorama a principios de 1982. El sector cristiano había unos meses que conocía cierta estabilidad, y las actividades palestinas más destacadas tenían lugar en el Sur, en las constantes operaciones de hostigamiento contra las posiciones militares y asentamientos civiles de Israel en la Alta Galilea. El conflicto libanés seguía estando estancado, sin solución a la vista, y la población civil, harta de la guerra, sólo deseaba que todos los extranjeros (palestinos, sirios, «cascos azules» e israelíes) abandonasen el país y fuese así posible un entendimiento político entre libaneses. Esa era la situación en junio de 1982, cuando, tras el asesinato del embajador judío en Londres, las represalias israelíes y la respuesta de la artillería palestina sobre la Alta Galilea, tres columnas hebreas, con efectivos entre los 20.000 y los 40.000 hombres, apoyadas por un impresionante despliegue aéreo y naval, invadieron Líbano.

● EL GOLPE ISRAELÍ

En un principio se creyó que la operación judía tenía un objetivo similar al de 1978: la «limpieza» de palestinos en la banda de cuarenta kilómetros de anchura que va desde la frontera hasta el río Litani. Sin embargo, pronto se comprobó que la «Operación Paz en Galilea» tenía por objeto el desmantelamiento de la estructura militar y política de la Organización para la Liberación de Palestina en Líbano. La primera columna arrasó Tiro y Sidón, llegando hasta las puertas de Beirut. La segunda columna avanzó por el centro del país, conquistando el castillo de Beaufort y Nabatieh, efectuando después un movimiento en pinza hacia Jezzine y amenazando la carretera de Beirut a Damasco. La tercera columna partió del monte Hermón, pasó ante las narices de los sirios atrincherados en la Bekaa, se volvió hacia el Oeste, cerrando la pinza sobre Jezzine, y después siguió su progresión hacia el Norte. Al mismo tiempo, mientras los tanques Merkava judíos daban buena cuenta de los modernos T-82 sirios de fabricación soviética, la aviación sionista destruía 15 ó 16 de las 18 baterías de misiles sirios instalados en la Bekaa y derribaba a la cuarta parte de la aviación de Damasco.

Los sirios llevaron a cabo una resistencia honrosa, pero tampoco estaban dispuestos a enzarzarse con Israel en una guerra a fondo, que tenían pocas posibilidades de ganar. El grueso de sus tropas estacionadas en Beirut abandonó la ciudad, replegándose sobre Aley, y después de que dos de sus regimientos fueran aniquilados peleando en el campo de batalla, Damasco resolvió mantenerse a la expectativa. Mientras tanto, las tropas israelíes completaban el cerco de Beirut, iniciando uno de los más dramáticos asedios de la historia reciente.

Beirut occidental, sin agua, luz, ni alimentos, fue intensamente cañoneada, siendo sus barrios periféricos demolidos casa por casa. Poco a poco, las tropas judías fueron estrechando el cerco. Tras la toma del aeropuerto por el Ejército sionista y los intensos bombardeos de la ciudad, que ni siquiera eludieron el centro de la ciudad, quedó claro que Israel estaba dispuesto a ir hasta el final: o los palestinos abandonaban Beirut y el Líbano o proseguiría la destrucción y el exterminio. Los palestinos, seguros de que Israel no se atrevería a intentar la aventura de conquistar Beirut casa por casa, lo que habría supuesto un costo terrible de vidas humanas al Ejército judío, resistieron encarnizadamente, esperando que las mediaciones internacionales terminaran por imponer una retirada a Israel. Pero la pasividad inicial de los países occidentales (cuando no la complicidad) la vergonzosa inhibición de los países árabes dieron lugar a

LOS
JUDIOS
YA
ESTAN
AQUI.
EL NIÑO
PALESTINO
LOS
ESTÁ
MIRAN-
DO.
NO
FASTIEN-
DE
NADA
↘



que las tropas judías continuasen impunemente arrasando la ciudad. La situación se hizo insostenible y las tropas judías siguieron estrechando el cerco, amenazando de continuo con el asalto final. Por fin, tras complejas negociaciones, los palestinos aceptaron evacuar Beirut. La OLP quiso presentar al mundo el hecho como una victoria militar y política, pero lo cierto es que la evacuación de Beirut y la disgregación de la organización militar palestina por media docena de países árabes, así como el traslado de la sede de la OLP a otro país, Siria, en el que el régimen en el Poder no concederá nunca a los palestinos la libertad de acción que poseían en Líbano, constituyen un duro golpe a la Organización para la Liberación de Palestina. En el futuro, para el relanzamiento de su lucha por la liberación de las tierras expoliadas, los «fedayin» deberán partir de planteamientos nuevos y todavía no definidos. En resumen, la derrota libanesa supone para las organizacio-

nes palestinas un considerable paso atrás en las condiciones de su lucha y objetivos. Mientras tanto, libre de la presencia militar palestina, Líbano cuenta con un nuevo presidente: Bechir Gemayel, hijo del fundador de las falanges, un cristiano conservador reputado como «duro». Ello ha hecho surgir suspicacias entre la población musulmana, habida cuenta, además, de que Gemayel cuenta con el total beneplácito del Gobierno israelí. El nuevo Presidente asegura que ahora todos los libaneses deben trabajar unidos para eliminar las huellas de la guerra civil y reconstruir Líbano; pero, de momento, todavía hay en el sector oriental de Beirut varios miles de combatientes musulmanes de izquierdas que no han depuesto las armas. La población civil palestina sigue allí, los sirios permanecen atrincherados en la Bekaa y los israelíes ocupan la mitad del país. Es posible que la larga crisis del Líbano se encuentre todavía lejos del final.